

LLEGAR A LA CIMA
PUEDE ACERCARTE AL PRECIPICIO

Otoño en Londres

Andrea Izquierdo

Ilustraciones de
Elena Pancorbo



NOCTURNA
EDICIONES

Andrea Izquierdo

Otoño en Londres

Ilustraciones de Elena Pancorbo



© de la obra: Andrea Izquierdo, 2016
© de las ilustraciones: Elena Pancorbo, 2016
© de la presente edición: Nocturna Ediciones, S.L.
c/ Corazón de María, 39, 8.º C, esc. dcha. 28002 Madrid
info@nocturnaediciones.com
www.nocturnaediciones.com
Primera edición en Nocturna: abril de 2022
ISBN: 978-84-17834-78-4

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

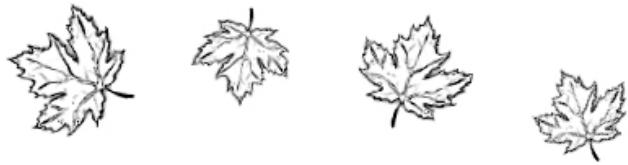
*A todos los que creen en la magia de las palabras
y a aquellos que me llevaron a descubrirlas.*

Ninguna historia vive a menos que alguien quiera escucharla.

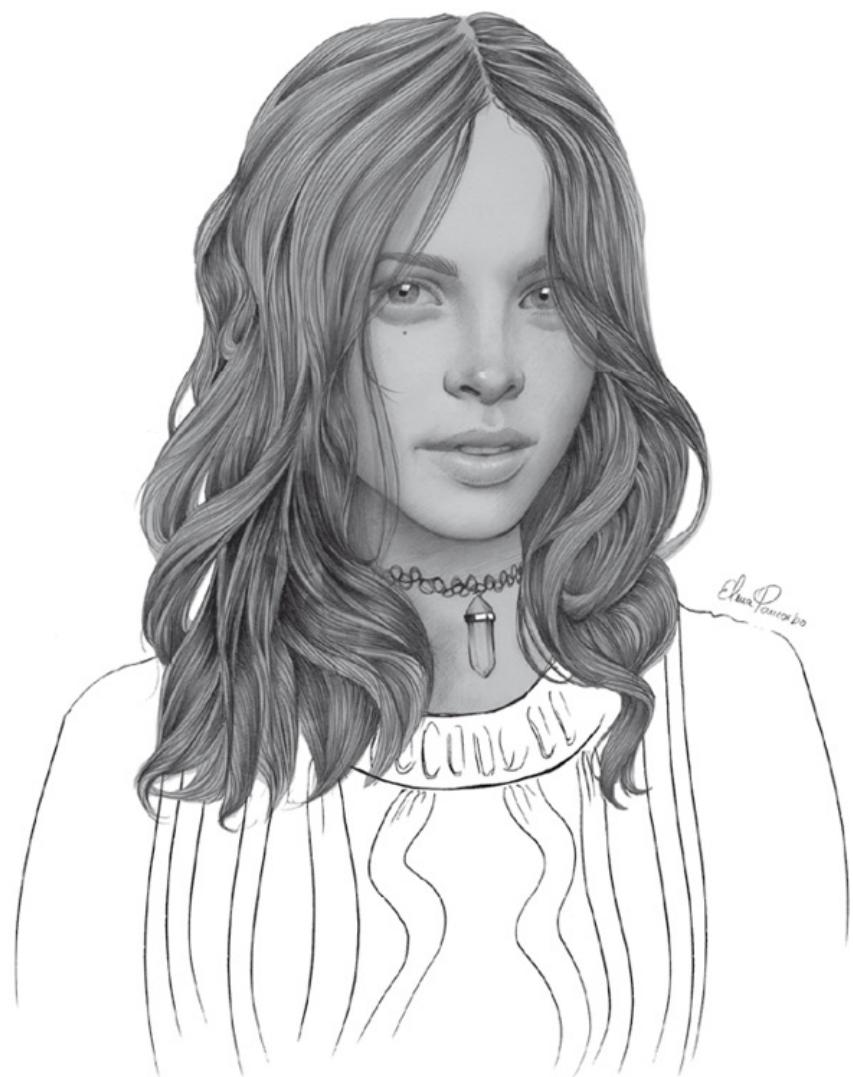
J. K. ROWLING



OTOÑO EN LONDRES



PROTAGONISTAS



LILY



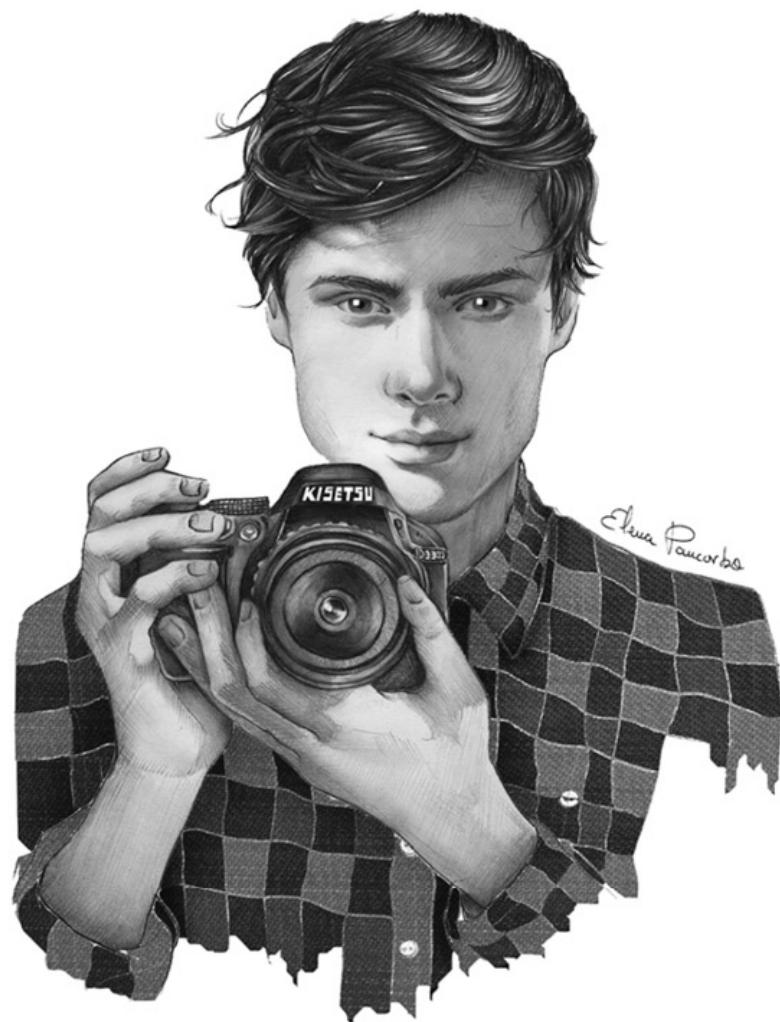
AVA



CONNOR



MEREDITH



TOM





ALICE





MARTHA





LILY

No debería estar aquí.

Son las nueve y diez de la mañana. Es viernes y llueve... Llueve mucho. Quizá debería sorprenderme que a principios de septiembre diluvie de esta manera en Madrid, pero ahora mismo es lo último que se me pasa por la cabeza. Veo un relámpago a través de la ventanilla y me pregunto si podremos volar en estas condiciones. El suelo pavimentado se está encharcando y en los regueros de agua que lo surcan empiezan a reflejarse los nubarrones que cubren el cielo. Dos operarios van corriendo de lado a lado, tapados con un impermeable amarillo, la capucha y unas botas de goma.

Estoy sentada en el asiento 12F del avión, a la espera de que los últimos pasajeros entren para despegar cuanto antes. Por la zona de las primeras filas, en mitad del pasillo, se ha detenido un hombre para colocar tranquilamente su maleta en el compartimento superior, lo que ha provocado un atasco con los pasajeros de detrás. No entiendo por qué la gente se comporta de una manera tan extraña cuando viaja. Es como si no hubiera término medio: o van con prisa

y estresados a todas partes o se lo toman con la mayor calma del mundo.

Mientras me abrocho el cinturón de seguridad, observo las caras de enfado... y eso me recuerda lo que me espera. Me veo capaz de salir corriendo en cualquier momento, volver a casa y contarles a mis padres la verdad. Ojalá el aparato despegue y no haga nada de lo que pueda arrepentirme, porque ya es tarde para confesar y me vendría bien que cerrasen las puertas para no tener la posibilidad de dar marcha atrás. Me llevo la mano al cuello y empiezo a juguetear con la piedra de mi colgante, dándole vueltas entre los dedos. No puedo evitarlo: cada vez que estoy nerviosa, me tranquiliza palpar su superficie pulida.

Dos azafatas salen a ayudar al hombre de la maleta. Hablan con él y, al cabo de unos segundos, se la llevan al fondo del avión, donde hay mucho más espacio. Los demás pasajeros suspiran con alivio y se apresuran hacia sus asientos.

A mi lado se acomoda una pareja bastante joven con un bebé que, por suerte, está dormido. Espero que no se despierte; el llanto de los niños me da siempre dolor de cabeza, en especial cuando estoy tensa. Ambos se abrochan el cinturón, con cuidado para evitar movimientos bruscos que puedan desatar el caos, y acto seguido sacan una guía turística y un bloc de notas.

Miro con disimulo a la mujer, que ahora mismo está hojeando la guía como si buscara algo en particular. Me

encanta el color de su melena, de un tono rojizo claro. Llevo muchos años tiñéndome el pelo e intentando que parezca natural, pero siempre me queda demasiado anaranjado o de un rojo demasiado intenso. Por eso, cada vez que veo a una chica que no necesita teñírselo porque es su color de pelo original, me muero de la envidia.

De pronto, al pensar en ello, me quedo en blanco porque no recuerdo haber metido los botes del tinte en la maleta. Entre los nervios y las prisas, no estoy segura de llevarlos, pero el equipaje está facturado y no puedo hacer nada para resolver mis dudas.

Giro la cabeza y vuelvo a mirar por la ventanilla. La lluvia continúa cayendo torrencialmente, aunque ya no se ven relámpagos. Las gotas forman una pequeña cortina de agua que emborrona el paisaje y siento un repentino malestar al ver los charcos que se agrandan de forma incesante, como en un mal augurio del sitio al que me dirijo.

Saco el móvil y envío unos últimos mensajes a mis padres y a mis amigas. Me había preparado un documental para verlo en el trayecto, pero creo que no estoy de humor para teorías conspirativas sobre alienígenas. Cada vez que pulso una letra en el teclado para despedirme de ellos, me asalta la idea de que yo no debería estar aquí, de que este viaje no tiene ningún sentido. Me muerdo el labio para reprimir la rabia y las ganas de llorar mientras la pantalla del móvil se vuelve negra. Luego lo guardo en el bolsillo externo de la mochila, estiro un poco las piernas y respiro hondo para

contener las lágrimas que se me empiezan a formar en los ojos: no me puedo permitir llorar ahora. Este viaje me tiene que servir para olvidarme de las últimas semanas, para pasar página...

Me paso las manos por la cara y me masajeo las sienes, intentando asimilar, de una vez por todas, lo que me espera cuando aterrice en Londres.



TOM

Aguanto la respiración unos segundos más y saco la cabeza del agua. El sonido del exterior retorna por unos instantes y se amortigua de nuevo cuando me sumerjo. Fuerzo unas brazadas hasta el final de la calle y freno bruscamente. Apoyo los pies en un pequeño saliente que hay en el borde de la piscina mientras recobro el aliento con fatiga. Deben de ser ya las ocho, porque la luz que se cuela por las ventanas ha ganado intensidad. Echo un vistazo al reloj que hay al otro lado del polideportivo: todavía falta un cuarto de hora, así que me permito descansar unos segundos y hacer un último recorrido antes de salir.

Doy media vuelta y me impulso con las piernas para nadar lo más rápido posible. Suelto el aire que acumulan mis pulmones y disfruto de la sensación de libertad que me da gastar toda mi energía en cruzar de lado a lado la piscina. Durante un rato, la presión de las gafas y del gorro se desvanece y solo quedamos el agua y yo. Lo que me aguarda más allá de la puerta del gimnasio desaparece con cada brazada que doy, con cada bocanada de aire. Llego al

final de la calle y giro para repetir el camino en la dirección contraria.

Al cabo de unos minutos, noto una molestia en el hombro derecho por la fuerza con la que me impulso. Sin embargo, la ignoro. Nadar es mucho más que mover el cuerpo para seguir avanzando. Es un medio de desconexión cuando todo a tu alrededor parece ir demasiado rápido.



Un portazo en la habitación contigua me despierta de golpe. Doy un respingo en la cama y murmuro, todavía a medio camino entre el sueño y la vigilia, molesto con mi compañero de piso. Estoy harto de escuchar todos los días a Finn haciendo lo mismo una y otra vez, aunque me ignora cuando se lo recuerdo.

Siempre que madrugo para ir a nadar, me cuesta conciliar el sueño a mi regreso. Es muy temprano para hacer cosas, pero muy tarde para dormir un par de horas más... No obstante, hoy estaba tan exhausto que no he podido evitar acostarme.

Doy media vuelta en la cama, cierro los ojos, rehuyendo la luz matutina de Londres, y me tapo con el edredón. Me encanta quedarme envuelto así, ajeno al frío del exterior; es casi como cuando estoy nadando en la piscina y no hay nadie más ahí. Permanezco unos segundos en silencio, concentrado en dormirme, pero enseguida compruebo que no voy a conseguirlo.

Alargo el brazo hacia la mesilla de noche para coger el móvil y, nada más tocarlo, la luz de la pantalla me hace

cerrar los ojos por lo alto que está el brillo. Pestañeando atolondradamente, aprieto de nuevo el botón del iPhone para ver qué hora es: casi las diez. Debería salir de la cama y empezar a ser productivo. Bufo y me estiro entre las sábanas todo lo que puedo, pensando en la colleja que voy a darle a mi amigo por ser tan ruidoso.

Pero no tengo ni que levantarme para ver a Finn: justo en ese momento, abre la puerta de mi cuarto y echa a andar a zancadas hasta donde estoy tumbado.

—¿Qué haces? —farfulló de manera incomprensible, girándose otra vez.

—Tom, ¿aún no te has levantado?

—¿Qué pasa? —Me froto los ojos mientras me siento en el borde de la cama. Pese a las gafas, siempre se cuela algo de agua y se me irritan con el cloro.

—¡Tenemos la sesión de fotos en veinte minutos!

—¿QUÉ?

Finn busca el interruptor de la luz y la enciende, cegándose por segunda vez. No me hace falta mirarle a la cara para saber que está cabreado.

—¡Para *Teen Vogue*! ¡La revista! ¿Hola? ¿En serio se te había olvidado? ¡Te lo recordé ayer! —exclama con su inconfundible acento escocés.

—Hmmmm... —murmuro agobiado, dejándose caer de espaldas en el colchón—. Pensaba que era mañana, joder.

—Venga, tío, sal de ahí. —Se acerca y me arranca el edredón—. Ponte cualquier cosa... Te espero en tres

minutos en la puerta, ni uno más. Si no estás, me largo sin ti.

Finn sale chasqueando la lengua, sin disimular su enfado. No me puedo creer que se me haya pasado que la sesión de fotos era hoy. ¡Estaba convencido de que teníamos que ir mañana!

Maldigo entre dientes mientras salgo de la cama y me paso la mano por la cabeza. Si me hubiera acordado de que era hoy, habría ido a nadar otro día y mi pelo no estaría áspero por el cloro. Menos mal que allí nos arreglarán para las fotos; si no, Alice se enfadaría bastante.

Como nos van a elegir también la ropa, no me esfuerzo en vestirme: escojo la primera camiseta que encuentro en el armario y unos vaqueros. Entretanto, bostezo, aún adormilado. Quizá no haya sido tan buena idea echarme a dormir después de nadar... Ahora estoy todavía más cansado.

Oigo a Finn gritarme desde el piso de abajo, repitiéndome que llegamos tarde y amenazándome con irse sin mí, así que me calzo a toda prisa, cojo el móvil, la cartera y las gafas de sol y bajo corriendo las escaleras. Él ya está fuera con la puerta abierta y las llaves en la mano.

—Ya voy, tío —le digo, rematando la frase con otro bostezo.

—¡El coche está esperándonos! Venga, cierra, Bella Durmiente.



AVA

Querido diario:

Solo faltan tres días para que empiecen las clases y, para qué mentir, estoy muerta de miedo. Esta mañana, a primera hora, mamá, papá y Niko se han marchado al aeropuerto para volver a Copenhague, y justo después he empezado a sentir los nervios. Me duele el estómago al pensar que voy a tener que estar en un sitio nuevo, rodeada de desconocidos. Ya lo pasé mal el primer día de universidad, cuando comencé la carrera, y no tengo ninguna gana de repetirlo. Por suerte, Panda ha podido quedarse conmigo en el hotel; menos mal que aquí aceptan mascotas, porque sin él me hubiera sentido muy sola.

Detesto la sensación de no saber qué me depara mi nueva clase, de intentar imaginar cómo serán mis futuros compañeros. ¿Se conocerán de antes? Supongo que sí, porque no creo que vengan muchos alumnos nuevos para estudiar el último año de carrera en una universidad como esta... Ayer estuve indagando en Facebook sobre algunos estudiantes que están matriculados en Economía en la USK y todos tienen un denominador común: aparentan ser

extremadamente ricos. Desde luego, con el dineral que mis padres han pagado, ya suponía que sería un sitio para gente con una cuenta bancaria bastante holgada. No hay más que ver el hotel en el que nos alojamos: aunque a priori las habitaciones pueden parecer las típicas de una residencia de estudiantes, son enormes y están muy bien equipadas. ¿Tendrán servicio de comida?

Alguien llama a la puerta justo cuando estoy poniendo el punto en el signo de interrogación. Miro el reloj. No puede ser ningún empleado del hotel porque los encargados de la limpieza ya han pasado hace un rato... A lo mejor se han dejado algo. Oigo a *Panda* removese en su jaula como si también le hubiera desconcertado el sonido.

Me levanto de la cama mientras cierro el diario y lo escondo bajo unas hojas que tengo amontonadas a mi alrededor. Quienquiera que haya llamado vuelve a hacerlo con insistencia, de modo que me apresuro a abrir.

Al otro lado me recibe una chica imponente. Su físico parece de revista: piel oscura, cejas perfectamente depiladas, ojos casi negros y unas curvas de impresión que se evidencian por su camiseta escotada y su falda de tubo de cuadros rojos. Lleva unos tacones de siete u ocho centímetros para compensar su baja estatura, acaso lo único que le fallaría para ser modelo. De hecho, me recuerda un poco a Eva Longoria.

Durante una milésima de segundo, me planteo si habré visto a esta chica en alguna parte, ya que la residencia

podría ser un imán para los hijos de personas famosas, pero enseguida descarto la idea.

—¿Hablas inglés? —inquiere sin preámbulos. Tiene un acento que no logro identificar, aunque me suena.

—Sí, sí.

—Oh, perfecto. —Su semblante se relaja y esboza una amplia sonrisa—. Me llamo Meredith. Soy tu nueva vecina... De pasillo, me refiero.

Se acerca sin previo aviso y me da un abrazo, plantándome un beso en la mejilla. Su confianza me sobresalta tanto que tengo que contenerme para no retroceder.

—¡Ah! Encantada, yo soy Ava.

—¿Cómo?

Bueno, ya estoy tan habituada a que la gente no haya oído mi nombre que yo misma lo deletreo mecánicamente cada vez que alguien frunce el ceño.

—¡Qué guay! Es superexótico.

—Gracias, supongo —murmuro sin saber qué responder.

No es que sea poco sociable, pero sí tímida y, siempre que me encuentro con una persona rebosante de energía, tiendo a apagarme. Una de mis manías más fastidiosas es agachar la cabeza cuando no sé qué decir... Justo como acabo de hacer ahora.

—¿Quieres pasar a mi habitación para charlar un rato? Es la de al lado —propone, señalando con el dedo hacia el pasillo.

—A... ¿tu habitación?

Me da muchísima vergüenza hablar con ella. Bueno, me da vergüenza sociabilizar en general, pero antes de venir me prometí que intentaría hacer amigos y no quedarme todo el día encerrada.

Siempre he sido muy callada: la que accedía a todo en el grupo y aprobaba cualquier plan con tal de ahorrarse discusiones. Desde que era bien pequeña, he preferido relegarme a un segundo plano y, a la larga, no inmiscuirme en los problemas ajenos me ha ahorrado muchos malos tragos. Sin embargo, en estos últimos años he notado que, por intentar pasar desapercibida, me he quedado atrás; de hecho, en varias ocasiones he perdido oportunidades por no ser capaz de dar el primer paso. En teoría, mi propósito en este último curso es conseguir ser más abierta... Y supongo que Meredith, mi recién conocida compañera de pasillo, es una buena opción para lograrlo.

Por eso, sin pensar mucho, musito:

—Sí, claro. Eeeh... Déjame coger la tarjeta.

Vuelvo a entrar y rebusco en mi bolso hasta que la encuentro. Luego camino hacia donde me aguarda Meredith.

—¡Vamos! —dice alegremente. Cuando habla, parece más bien estar cantando.

La sigo hasta su puerta, en la que destaca el número 207. Mientras espero a que la abra, me recojo un mechón de pelo detrás de la oreja, nerviosa.

Tan pronto como entramos, compruebo que su cuarto es idéntico al mío, a excepción de un detalle: los muebles se

hallan dispuestos de forma simétrica en el lado contrario. La imagen, tras haberme acostumbrado a la distribución de los míos, me resulta algo desconcertante.

—Y bueno, cuéntame, ¿de qué país vienes? ¿Noruega? — pregunta Meredith, sentándose en la cama y señalándome la silla que hay ante el escritorio para que la imite.

Me figuro que no se refiere a un país en particular de Europa, sino de los nórdicos. Lo cierto es que reúno todas las características para vivir allí, para qué engañarme: mido casi un metro ochenta, mi constitución es delgada, tanto mi piel como mi pelo son demasiado claros... y, por supuesto, no podían faltar los típicos ojos azules. Sé que en el sur encontrar a alguien con ojos así es más difícil, pero en mi universidad anterior solo había tres chicos con ojos oscuros y los tres pertenecían a la misma familia. Meredith es muy distinta a mí y, como salta a la vista, no solo en un sentido físico, sino también en cuanto al carácter. Me hace gracia que seamos como nuestras habitaciones: parecidas en lo básico, pero diametralmente opuestas.

—Dinamarca —aclaro.

—¡Vaaaaya! —exclama mientras abre una bolsa de cacahuetes y me la ofrece.

—No, gracias. ¿Y tú?

—Nací en Bulgaria, viví en Turquía varios años y luego volví a mi país natal. Así que mi corazón se divide entre los dos lugares.

¡Turquía! Su inglés tenía cierto deje que me sonaba de algo... Ahora ya me cuadra.

—Estuve una vez en Turquía —leuento—; fui de pequeña con mis padres y mi hermano. Recuerdo que hacía muchísimo calor.

—¿En serio? —Meredith suelta una risita—. El clima no siempre es tan bueno. A veces hay unas tormentas horribles y no para de llover durante días.

—Bueno, en Dinamarca podemos estar varios días sin que pare de nevar.

—¿De veras? —Arquea sus definidas cejas—. ¡Qué frío! No podría sobrevivir en ese clima; de hecho, bastante sacrificio es ya para mí venir a un sitio tan lluvioso.

Sonrío, nuevamente sin saber qué contestar, y de inmediato me muerdo el labio al percatarme de que he vuelto a agachar la cabeza. Meredith se distrae unos segundos tecleando en su móvil, así que aprovecho para echar un vistazo a su escritorio, que ya ha organizado con sus pertenencias. Lo que más me llama la atención son los altavoces que tiene colocados a ambos lados de su portátil: son gigantes.

—¿Es verdad eso de que en el norte podéis pasar días enteros a oscuras? —pregunta, sacándome de mis pensamientos—. ¿Y que a veces por la noche es de día y el sol está todo el rato en el cielo?

Asiento y ella sonríe mientras se come un cacahuete.

—¡Vaya! No sabía si era verdad o uno de esos mitos falsos que circulan por Internet. ¿Y eso ocurre en Dinamarca con frecuencia?

—No, solo en los países próximos al círculo polar ártico.